

CAPITULO XXIV.

Asechanzas á la virtud.

Al verse fuera de la pieza aquellos dos hombres que parecían el azote de la humanidad, se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué le ha parecido á vd. la jóven, señor Duval?

Preguntó el doctor.

—Un ángel.

—¿Es decir que merece la pena de que haya trabajado tanto tiempo por alcanzar, lo que dentro de un momento conseguiré?

—¡Ah! ¡cuánto mas valiera, doctor, que desistiese vd. de ese pensamiento!

—¿Desistir? ¡Está vd. loco?

—Al contrario: la vista de esa jóven me

ha hecho recobrar el juicio, y nunca como ahora he conocido toda la fealdad del paso que intenta vd. dar para triunfar de su virtud.

—El diablo predicador.

—No; lo digo como lo siento.

—Veo, señor Duval, que vuelven á vd. las ridículas ideas que esta tarde invadieron su corazón.

—No lo puedo negar: la presencia de esa jóven, su hermosura, su aire de virtud, de candor y de confianza, todo me hace tomar un vivo interés por ella; y si supiese que mi ruego tendría alguna influencia para con vd., yo le suplicaría á vd. que lo que se le anunció para inspirarla confianza y hacerla caer en el lazo que se le ha tendido, se realizase religiosamente, devolviéndola la felicidad.

—Veo con sentimiento que se va haciendo demasiado compasivo el corazón de vd.

—¿Es decir que está vd. resuelto á perderla?

—Como vd. ha resuelto deshacerse de Leopoldo.

—Pero....

—¿No me dijo vd. hace un instante, que era preciso hacerle desaparecer esta misma noche de la lista de los vivientes, para que el recuerdo de su felicidad no acibarase sus placeres en Europa?

—¡Oh! Eso sí.

—Quiero que reciba vd. una leccion, para que en lo sucesivo sepa vd. cómo se debe atacar una plaza inexpugnable como la de Clotilde.

—¡Ah! no: yo no quiero ser testigo de la desgracia de la inocente Luz: su afabilidad, su juventud, su celestial belleza, su candor y su ternura me han conmovido, y no quiero que me crea un infame.

—¿Habla vd. con seriedad?

Dijo Willey mirando con asombro á su interlocutor.

—Hablo con todas las veras del alma:—contestó éste.—Haced, pues, con ella todo lo que querais, ya que mi súplica no tiene ningun poder para hacerle cambiar de resolucion; pero no quiero presenciar su desesperacion y sus lágrimas. En la calle es-

pero el resultado, y en ella aguardo á vd. para disponer nuestro viaje, y volver á la reunion de Landeta para deshacernos de Leopoldo.

—Bien: no quiero detener á vd. ni trato de catequizarle para que presencie mi triunfo. Adios, pues, y esperad en la calle, mientras yo humillo la altivez de la que veces mil me ha despreciado.

Y el doctor, despues de dar la mano á Duval, que bajó en dos saltos la escalera, se dirigió sobre las puntas de los piés, para no hacer ruido, hácia el cuarto en que se hallaba la jóven.

Al llegar á la puerta de la pieza, se detuvo, y asomó cautelosamente la cabeza para ver qué hacia.

La hermosa Luz seguia orando de rodillas, bañado su rostro por la luz celestial del placer y de la esperanza.

Willey retiró la cabeza para no ser visto, y permaneció quieto, esperando á que acabase de orar.

Entre tanto Duval, cruzado de brazos y arrimado á la puerta de la casa contigua,

permanecía cabizbajo, entregado á tristes reflexiones.

La memoria de sus víctimas volvió á fijarse en su imaginacion de una manera viva, y palideció.

—¡Ah! ¡soy muy criminal!—pensó:—y esa jóven, esa jóven que me juzgó dotado de un corazon generoso y compasivo, que se desprendió de este medallon para que piense en su gratitud, tambien va á sucumbir por mi causa! Por mi causa, sí; porque si yo no hubiera asociado á ese hombre en mis asuntos, no hubiera tenido elementos para llevar á cabo el rapto que consumó. ¡Y ya no hay remedio! ¡Quisiera salvarla; pero soy impotente para hacerlo, porque ese hombre me denunciaria! ¡Oh! ¡si yo la hubiese podido advertir que no se sentase... que en aquellas lujosas sillas estaban su vergüenza y su deshonra!

Y Duval continuó quieto en el mismo sitio, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Pero ¡cómo tengo valor—continuó des pues de un momento—para fijar la aten

cion en las viles acciones de los demas, cuando la idea de la desgracia de Clotilde y la muerte de Leopoldo, preocupan mi imaginacion? ¡Ah! ¡soy un criminal incorregible, puesto que conociendo el mal que otros causan, no evito las desgracias que yo preparo á mis víctimas!

Y se quedó meditabundo.

Willey, á su vez, esperaba impaciente, al lado de la puerta, á que la hermosa jóven acabase su accion de gracias al Eterno.

Estaba persuadido de que terminada que fuese, la confiada Luz, fatigada y sin recelo, iria á sentarse en uno de aquellos sillones, que estaban dispuestos de una manera infame para sujetarla.

Pero la jóven seguia orando sin dar señales de levantarse del sitio en que yacía de rodillas.

El doctor se mordió los labios, y temió que fracasase su plan, tan diestra y hábilmente dispuesto.

De repente notó que cesaba el rezo, y volvió á asomar la cabeza.

Luz se levantaba en aquel instante, y el doctor acarició la esperanza de que se dirijiese á tomar asiento, que era el objeto de todos sus afanes.

La hermosa, deseando descansar, se acercó á un sillón.

Willey sonrió de placer.

Luz apoyó la mano sobre el respaldo del asiento y se quedó de pié, con los ojos fijos en un punto, como entregada á profundas reflexiones.

La impaciencia del doctor crecía á medida que la jóven continuaba en aquella actitud.

Pasado un momento, la hermosa levantó la mano que tenía apoyada en el respaldo, y se dispuso á sentarse.

La alegría de los réprobos brilló en el rostro del que esperaba.

Pero casi en el mismo instante hizo un gesto de disgusto.

Luz, inquieta por el afán que tenía de ver á su familia, y con la memoria de que muy en breve podría unirse al hombre que adoraba, se levantó cuando iba á sentarse,

pareciéndole que las horas pasan mas veloces cuando el que espera se encuentra en movimiento.

Willey, al notar aquel cambio de pensamiento, hizo un gesto de impaciencia.

La jóven, bien agena de pensar que era el objeto de la atención de su raptor, avanzó serena hácia la puerta.

Willey se estremeció.

No sabía qué hacer, si permanecer allí, ó retirarse precipitadamente.

Lo primero le parecía exponerse á perderlo todo, si por desgracia Luz se aproximaba y le veía.

Lo segundo, pues, juzgó mas conveniente.

Pero cuando se resolvió á hacerlo, ya la jóven se hallaba á corta distancia, y se vió precisado á permanecer quieto, para no alarmarle con el ruido de sus pasos.

La jóven se detuvo casi en el umbral de la puerta, pensando si seria conveniente salir ó permanecer en la pieza.

El doctor, pálido y conteniendo la respiración, se arrimó á la pared cuanto le fué posible.

La hermosa dió vuelta en aquel instante, dirigiéndose al centro del cuarto.

Willey respiró con libertad.

Luz, cansada de esperar de pié, volvió á acercarse al sillón.

En el rostro del que espiaba, se retrató la esperanza.

De repente se oyeron casi á la vez un ruido extraño y un agudo grito lanzado por la jóven.

El doctor asomó la cabeza, exhaló una exclamacion de alegría; y penetrando en la pieza, y cerrando tras sí la puerta, exclamó con satánico placer, que hizo estremecer á la desdichada jóven, que se veía sujeta fuertemente por los brazos del sillón.

—¡Ya es mia!

CAPITULO XXV.

Sin esperanza.

Mientras tenian lugar los acontecimientos que llevamos narrados en el capítulo anterior, Duval permanecia en la calle en espera de su infame amigo.

Viendo que tardaba en bajar, se puso á pasearse en la misma acera, pero sin alejarse mucho, para hacer menos pesado y largo el tiempo.

La noche, tranquila y serena, formaba contraste con las negras borrascas que combatian su agitado espíritu.

Ninguna persona transitaba por la calle. El silencio que reinaba por todas partes era sepulcral.